

TUNEZ, un país apacible y pintoresco, que parece hecho para turistas, ha estado pasando inadvertido durante los pasados años, ajeno a las turbulencias que agitan el panorama internacional. Sin embargo, en las últimas dos semanas, el ambiente ha cambiado: los 22.000 hombres que componen sus Fuerzas Armadas fueron puestos en estado de alerta; buques de guerra franceses han patrullado frente a la costa, dos gigantescos aviones «Transall» de transporte han sido enviados por el Gobierno de París, y se ha registrado también la presencia de aviones «Mirage» en el cielo tunecino, así como de aparatos del 3.º Regimiento de Helicópteros de la 11.ª División Paracaidista francesa. Todo ello demuestra dos cosas: que Francia sigue siendo capaz de reaccionar con rapidez para defender sus intereses en África, y que Túnez tiene miedo.

Desde los incidentes de Gafsa, la sombra de Gaddafi inquieta al régimen de Habib Burguiba

TUNEZ TIENE

MIEDO



◆ Francia, dispuesta a impedir por cualquier medio que la llama revolucionaria prenda en el país norteafricano

El sobresalto tuvo lugar el pasado 27 de enero, mientras el Presidente Burguiba tomaba sus habituales vacaciones de invierno en el oasis de Nefta. A las dos de la madrugada, un numeroso grupo de hombres franqueó clandestinamente la frontera argelina en dirección a Gafsa, una ciudad de 40.000 habitantes, con casas de ladrillo rosado, palmeras y grises arenas de las minas de fosfatos de la región. Los recién llegados, que el Ministerio del Interior calcula en unos cincuenta, y testigos presenciales aseguran que rondaban el centenar, atacaron el puesto de Policía, la casa del Gobierno, la escuela y un cuartel del Ejército. La acción se saldó con cuarenta y dos atacantes detenidos, tres muertos y numerosas bajas por parte de las fuerzas de seguridad. Según fuentes oficiales de Túnez, todos los atacantes eran refugiados en Libia, donde habían recibido entrenamiento militar de instructores árabes y cubanos, y habían sido enviados por Gaddafi para fundar en Gafsa un comité revolucionario popular, núcleo de una revolución contra las autoridades tunecinas, cuyo objetivo era solicitar inmediatamente la ayuda de «un país vecino» que no es, peraba sino esa petición para intervenir.

El nombre de Libia no saltó sobre el tapete más que cuando Túnez llamó a su embajador en Trípoli. Sin embargo, el material presentado por las autoridades tunecinas como capturado a los rebeldes, era claramente acusatorio: fusiles de asalto Kalashnikov, lanzagranadas RFG... Material procedente de la Unión Soviética y Alemania del Este en su mayor parte. Además, entre los diez aparatos de radio que portaban los atacantes, uno de ellos todavía llevaba sus certificados de envío. Remitido por una firma británica al Partido de la Unión Socialista Árabe de Libia, entregado el 27-X-78 en el aeropuerto de Trípoli, el documento aseguraba que entre los componentes del aparato no había ninguno que procediese de la industria israelí.

GUERRA DE COMUNICADOS

Casi quince días después de los acontecimientos, el Presidente Burguiba hizo unas declaraciones en las que acusa directamente a Moammar Gaddafi de organizar el complot contra el régimen desturiano. Excluyendo toda responsabilidad argelina del asunto —los atacantes habrían utilizado territorio argelino sólo como pasillo para internarse en Túnez— Burguiba asegura que «Gaddafi, mal informado por sus servicios, ha creído que Túnez estaba maduro para desestabilizarlo fácilmente. Tenemos pruebas absolutas y for-



Yerba, 1974. Libia y Túnez firmaban el documento de unidad. Gaddafi jamás perdonó a Burguiba que rompiera el acuerdo

males de su intervención. Hemos descubierto las redes, los escondites de las armas». A estas manifestaciones del «Combatiente Supremo» tunecino se suman las de su jefe de Gobierno, el primer ministro Hedi Nuir, en el sentido de que «Túnez está en peligro. La situación es muy grave, porque Gaddafi es capaz de todo: No se detendrá ante el fracaso de Gafsa y seguirá tratando de desestabilizar nuestro país».

La reacción libia no se hizo esperar. Manifestando su sorpresa, Trípoli hizo público un comunicado desvinculándose de cualquier contacto directo o indirecto con los acontecimientos de la ciudad de Gafsa. Según las autoridades de Trípoli, cualquier intento del Gobierno de Túnez por acusar a Libia no es sino un intento de desviar la opinión pública lejos de los numerosos problemas internos de su país. «Hay una intención clara —afirmaba el comunicado— de acusar a Libia cada vez que el régimen tunecino sufre un levantamiento

popular». Pero la nota hacia especial hincapié en condenar «los propósitos del Gobierno tunecino de recurrir a las fuerzas imperialistas extranjeras, amenazando los intereses de los pueblos hermanos y exponiendo la seguridad de la zona al peligro de intervenciones extrañas. La petición de ayuda a las Fuerzas Aéreas y a la Marina francesa se consideran como un insulto al pueblo hermano de Túnez».

Esta condena de la ayuda prestada por Francia a Burguiba para sofocar el foco subversivo de Gafsa no quedó en meras palabras. El 4 de febrero, una multitud de manifestantes libios asaltó la Embajada de Francia en Trípoli y el consulado galo de Bengasi. Sin embargo, las autoridades libias garantizaron la seguridad de los diplomáticos, y ninguno de los 1.800 franceses residentes en el país sufrió daño alguno. Tras el clásico intercambio de notas tan frecuente en estos tiempos con los términos «inadmisible», «enérgica condena», etcétera, Francia retiró

parte de su personal diplomático y llamó a su embajador. Tres o cuatro días más tarde, el irreductible Gaddafi contrasta a b a, con unas declaraciones explosivas en las que acusaba a la política exterior francesa de «colonial e intervencionista». Francia, según Gaddafi, pretende «convertirse en una garrá de la pata norteamericana en África», y el líder libio está dispuesto a oponerse a esta política por todos los medios, «incluida la guerra».

FRANCIA, IRRITADA

En París, un diplomático galo comentaba, exasperado: «Desde hace cuatro años nos tropezamos con Gaddafi por todas partes». Estas palabras expresan con claridad el sentimiento que el Quai d'Orsay alberga hacia el régimen revolucionario libio, que, efectivamente, parece interferir en todas las regiones donde Francia maniobra por asegurar los intereses de su política exterior africana. Túnez es y ha sido, desde su independencia, uno de los países que mantiene más estrechas relaciones con la antigua metrópoli, elemento importante en la estrategia de Giscard «El Africano». Pero el «más occidental de los países árabes», como Burguiba gusta denominar a Túnez, atraviesa graves problemas internos que hacen temer por su estabilidad a no muy largo plazo. Mientras, tras el sillón presidencial, los diferentes clanes y grupos políticos luchan entre sí para asegurarse la sucesión —no muy lejana— del anciano Burguiba —una población que en su 50 por 100 es menor de veinte años se debate, impotente, bajo un régimen de partido único, una total falta de libertad política, una Prensa amordazada por el régimen y una represión a menudo brutal. Recordemos que el 28 de enero de 1978, las tropas se echaron a la calle contra los jóvenes manifestantes, en una matanza de la que nunca pudo conocerse con exactitud el número de víctimas. Los sindicalistas tunecinos, por otra parte, llevan sobre sus espaldas una larga historia de lucha, prisión y tor-

turas, y una dirección «oficial» rige los destinos de la UGT tunecina, cuyo dirigente legítimo, Habib Achour, se encuentra bajo vigilancia.

Al tenso clima político, enrarecido por la represión constante que siguió a aquel «jueves negro» de 1978, se suma en Túnez el descontento de la población, agravado en los últimos tiempos por la crisis económica y las subidas de precios en artículos de primera necesidad. Todo ello, unido a las viejas rencillas políticas y a las tensiones originadas por una larga dictadura. Como dato, podemos recordar que la localidad de Gafsa, donde se intentó el golpe revolucionario de hace veinte días, fue escenario en los años cincuenta de una dura represión contra los yusufistas, que se oponían a Burguiba, y que en aquella ocasión el Ejército tunecino estuvo sólidamente respaldado por el Ejército francés. En general, las regiones del sur de Túnez son las más pobres del país, y de ellas procede buena parte de la emigración tunecina al extranjero, tanto a Europa como a otros países árabes. En Libia, concretamente, los inmigrantes tunecinos se calculan en sesenta mil. Por ello, no es extraño que, a veces, algunos de ellos regresen a su país a las dos de la madrugada y empujando muletas.

Desde el 12 de enero de 1974, cuando Libia y Túnez firmaron en Yerba el acuerdo de fusión de ambos países en una sola república islámica, y Burguiba dio marcha atrás, rompiendo la unión, Gaddafi no ha perdonado nunca la traición del «Combatiente Supremo». Diversos incidentes jalonan las relaciones entre ambos países, y el líder libio no ha pretendido ocultar jamás sus fervientes deseos de que Burguiba y su régimen salten en pedruzcos. La juventud libia, por otra parte, harta de aquel «Túnez» y de este Occidente, parece mostrar en los últimos tiempos una

marcada inclinación hacia el retorno a la pureza islámica y revolucionaria que Gaddafi preconiza. Todos los ingredientes están en la caldera, y a ello podemos añadir que, militante hablando, Libia con Túnez no tiene ni para empezar: 42.000 soldados de Gaddafi contra 22.000 tunecinos; un centenar de modernos aviones de combate soviéticos contra una veintena en el bando tunecino; dos mil carros de combate soviéticos, lanchas misileras y submarinos, contra una débil fuerza militar. Sin embargo, en un África que cada vez siente más sobre sí la influencia soviética, Occidente necesita regímenes como el tunecino, que, al menos, en el terreno de las definiciones se considera «liberal y progresista, aunque pro occidental y moderado», y cuya importancia estratégica es importantísima en la región.

Francia no está dispuesta a consentir que nadie altere el actual «status» de Túnez, y para ello recurrirá, incluso, a la «diplomacia de la cañonera» en su más viejo estilo: tres buques de guerra galos, el crucero «Colbert», junto al «Duguay-Trouin» y el «Vendéen», zarparon de Tón hacia las aguas territoriales tunecinas apenas se supo que en Túnez se andaba a la greña.

Y aviones Mirage, especialmente preparados y procedentes de la base francesa de Merignac, volaron sobre el sur del país para neutralizar las comunicaciones de radio de los rebeldes. Ello indica que, en caso de grave crisis, París no vacilará en llevar a cabo, si es necesario, una intervención militar directa a petición del régimen desturiano. Si los «parafranceses saltaron sobre Kolveiz, bien pueden hacerlo sobre Túnez, que se encuentra a medio camino.

Mientras tanto, Gaddafi, hombre tenaz y de recursos, espera. Tiene muchas más cartas en la manga.

Por Arturo PEREZ-REVERTE

